

# A Emilio Hernando: una silla vacía

Por primera vez en su larga historia, en el próximo número *Pyrenaica* va a tener que suprimir un componente de su equipo de asesores por causa de fallecimiento. El pasado 27 de agosto perdía su última pelea por la vida Emilio Hernando, cuyo nombre ha figurado entre los responsables de la revista desde 1979.

Por aquel entonces Emilio era un relevante y joven alpinista que se estaba preparando ilusionado para la expedición vasca al Everest de 1980. Pero la referencia de sus pasos por la montaña ya había aparecido en las páginas de la revista unos cuantos años antes. En 1975, tras la primera travesía invernal Cabrones-Torrecedredo, haciendo un listado de cuáles eran sus valores juveniles, escribía: "Navidades en Picos de Europa: nieve, sol, anocheceres, estrellas, amigos, montañas..."

El mismo año suscribía otro artículo sobre un audaz intento al andino Pucahirca central, abortado a pocos metros de la cumbre. Sobre su desenlace, reflexionaba resignadamente: "Fue un momento difícil. En medio de toda la grandeza que nos rodeaba, un insignificante muro nos impedía alcanzar la cima. Nos faltaba la satisfacción de pisar el punto más alto, pero ya habíamos hecho todo lo que estaba en nuestra mano y hay que cumplir siempre las reglas del juego".

Con la misma sensación de frustración regresaría en 1977 después de intentar la escalada del mítico espolón Cassin, en el McKinley: "Nos volvemos cansados, estáticos, un poco insensibles a nuestro pequeño fracaso. ¡Nuestra bella cumbre! ¡Qué pena! ¡Qué pena!..." Era el crudo precio a pagar por la aceptación de unos objetivos vanguardistas, comprometidos y alejados del aplauso y de la comprensión de la galería.

Todo el reconocimiento público que le había negado la montaña en las anteriores experiencias se lo recompensó con su participación en la triunfante expedición vasca al Everest de 1980. En el número especial de *Pyrenaica* que se publicó sobre esta histórica ascensión, Emilio describía el impacto emocional que le produjo aquel decorado irreal de montañas que le rodeaba. "Cuando vuelvo al saco, me hago la misma consideración que Samivel: «¡Qué bonito si se lo pudiera contar a alguien...!»".

El repaso a las mismas páginas de la revista nos permite también seguir la trayectoria de Emilio en la vida diaria, marcada por tres directrices constantes: valentía, espíritu emprendedor y pasión por la montaña. En 1979 aparecía publicado el primer anuncio de "Hernando Liburudenda", que ofrecía "todo el fondo de publicaciones y temas relacionados con el montañismo...". Era la primera librería bilbaína que se especializaba en bibliografía alpina. Cuatro años más tarde, la publicidad de *Pyrenaica* nos daba cuenta de un nuevo y audaz paso en su vida. En la misma se leía: "Abrimos en mayo". Se anunciaba así la apertura de "Mendiko Etxea", también la primera tienda en Bizkaia centrada en equipamiento de montaña.

Este local de la calle Autonomía se convertiría en una rebotica en la que convergían todos los chismes y noticias montañeras. En consecuencia, Emilio era siempre la persona mejor informada y relacionada en el mundillo alpino, lo que le convertía en un contacto ideal para la revista.

Y continuó con sus expediciones, como aquella al Hoggar en 1984, y la del regreso al Everest en 1987. Y, sin llegar a participar, sería el inspirador de muchos otros proyectos, como el del intento vasco a la cara suroeste del techo del mundo en 1990.

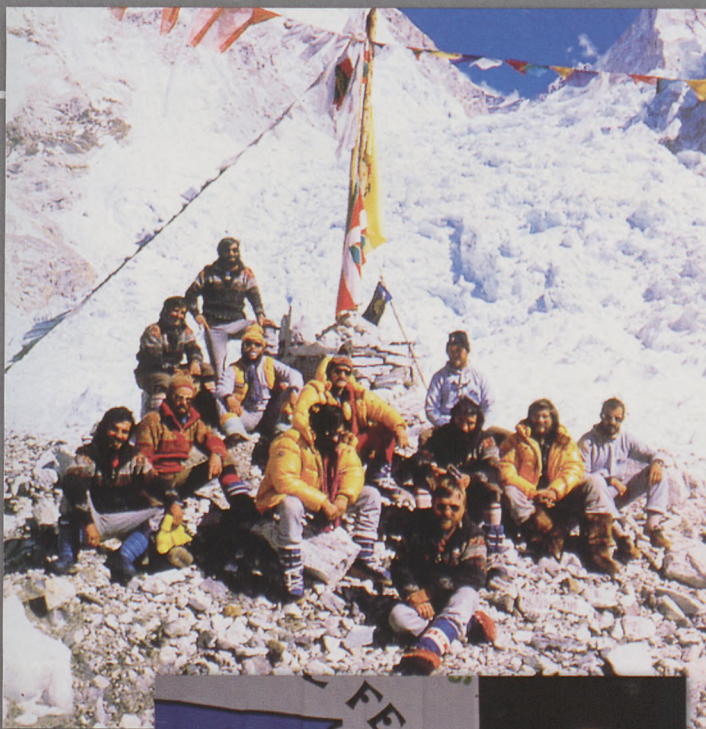


FOTO PYRENAICA

■ Emilio formó parte de la expedición al Everest de 1980



FOTO ANTONIO ORTEGA

■ Emilio Hernando entre Juan Ignacio Lorente y Angel Vallejo Rosen en la Gala de Galdakao (10/02/06)



FOTO ANTONIO ORTEGA

■ Emilio con su hijo Pello en la celebración de su 60 cumpleaños en el Club Deportivo (01/06/13)

La reconversión en hotel de la antigua ferrería Antsoategi, en Etxebarria, fue su última y gran aventura. Allí donde se forjó un día el hierro, se forjaron los últimos sueños de Emilio y Kata.

Apenas pudo disfrutar de tanto esfuerzo. Haciendo frente a una situación vital límite, Emilio nos daría una última lección de valentía ante la vida y ante la muerte: su actitud en la enfermedad. Y en la reunión del pasado junio, en su sexagésimo y último cumpleaños, a la que acudieron más de doscientos amigos venidos de todos los rincones, dejó a todos admirados.

En *Pyrenaica* se nos ha quedado una silla vacía; una silla que no podremos ni queremos volver a ocupar, porque Emilio solo había uno.

Como él mismo dijo, el destino le había adelantado el viaje de regreso. Un regreso prematuro que parecía imaginar ya en 1977, cuando en la expedición al McKinley escribía: "Queremos seguir nuestro viaje. No queremos fondear en Itaca, final de un camino". Y evocaba un viejo proverbio que ahora queremos dedicarle: "Cuando llegues a la cumbre, sigue subiendo, sigue subiendo..."

Equipo de redacción